

VÍCTOR DOMINGO SILVA

El 18 en la aldea

Días alegres esos! Desde la aurora
olean por las calles engalanadas
aromas de arrayanes y zarzamora,
y estrépitos de vivas y de palmadas!

Ya en la víspera, alegres grupos de mozos
han campeado sin tregua por su respeto;
y han hecho de la aldea sus alborozos
algo como una escuela . . . cuando hay asue-
[to.

Un viejo veterano, rayando el alba,
vestido de parada por no ser menos,
dispuso con sus puños hacer la salva
y lanzó tres disparos bastante buenos.

Si no dio los veintiuno, no fue por chan-
[za.
Y aunque él en demostrarlo poco se empe-
[ña,
dicen que quien no cumple con la ordenan-
[za
es la edad respetable de la cureña . . .

Hace ya largo rato que con gran ruido
improvisada murga, toca que toca,
gracias a unos muchachos de buen oído
que menean las manos y abren la boca.

Qué prueba vienen dando de sus pulmo-
[nes!
El director, un negro, dirige a gritos.
Hay un requinto, un bombo, dos acordeo-
[nes,
tres platillos, un triángulo y cuatro pitos.

Y vagan por las calles metiendo bulla,
saltando por los surcos de las aceras
y despertando al pueblo que les arrulla
con pullas ingeniosas aunque groseras.

En las astas erguidas de cada casa
ha rato que flamean los tricolores,
y un viento bullicioso y alegre pasa
jugando con los trapos y con las flores.

Qué hermoso que está el día! Qué claro
[el cielo!
Como esta mañanita, pocas mañanas!
Qué fresco y puro el aire, propicio al vuelo
de las cien aléluyas de las campanas!

Los campanarios triunfan. Desde la torre
llega el tenaz repique . . . La cosa es buena.
El vientecillo alegre corre que corre
y la campana fresca suena que suena . . .

Aldeanos, buenos días! El señor cura
os invita a la misa. Gente reacia
no oís el campaneó que os apresura?
Pues si es una solemne misa de gracia!

No veis cómo ya llegan niñas y niños?
Ellos son los soldados, ellas las hadas.
Para ellos los aplausos y los cariños,
para ellas los cariños y las palmadas!

En correcto desfile los colegiales
marchan, la espada al cinto y el rifle al
[hombro.
La murga menudea toques marciales . . .
Es algo que está encima de todo asombro!

Bate el tambor un chico bastante listo
que no cuida de gestos ni de batutas.
"Plan!" "Rataplán!" . . . No hay tregua,
[pues por lo visto
él conoce las piernas de sus reclutas.

El pueblo está de gala. La primavera
lo irisa todo . . . El viento tiende su vuelo,
y a su soplo errabundo cada bandera
es una flor de gloria que se alza al cielo!

Envueltos en los vahos de la floresta
con un galope sordo llegan jinetes;
y flotan por encima del pueblo en fiesta
humos de voladores y de cohetes.

De un huaso que encabrita su yegua blanca
se murmura que admite pocas preguntas,
y es porque el hombre sabe que lleva al an-
[ca
una moza que vale por cuatro juntas.

Lucen los mocetones portes bizarros,
ricas frenas plateadas de grandes muestas,
polainas formidables, sombreros charros,
y mantas ondulosas y pintorescas.

La aldea entera vibra, suda de orgullo.
Surge de todo un sordo rumor que afie-
[bra . . .

¡Viva, pues, el dieciocho con su barullo
y la gente patriota que lo celebra!

Son las doce del día! Hierve la aldea,
harta del movimiento y el vocerío.
Con el avance lento de la marea,
en torno de la plaza rueda el gentío.

Ah! De nuevo la murga llega a la plaza,
y sube a duras penas a un ruín tablado,
esqueleto de horcones que ya amenaza
presentar su patente de jubilado . . .

Es la Canción, señores! Calla la gente.
Los niños se preparan a voz en cuello.
El preceptor de escuela, solemnemente,
se dirige al maestro . . . Y empieza aquello.

“Puro Chile es tu cielo! . . .” Qué himno
[sonoro,
qué salmo religioso tiene ese encanto?
¿Qué vibración extraña de lira de oro,
qué coro de sirenas conmueve tanto?

Los hombres se descubren. Por las cabezas
pasa el vuelo confuso de cien visiones,
y un soplo de entusiasmos y de grandezas
hace latir de prisa los corazones.

Y el viejo veterano, de pie, cuadrado
como en los grandes días de las batallas,
siente aquel mismo enorme temblor sagra-
[do
pasar sobre sus cintas y sus medallas.

Oh, Patria! El peleó en Tacna y en Mira-
[flores
pero así, viejo y todo, busca su estrella,
adora su bandera de tres colores,
y aún sería su gloria morir por ella!

Los últimos acordes mueren. Las calles
espuman como ríos. Sigue el desfile . . .
La multitud, curiosa de los detalles,
se arremolina al grito de ¡Viva Chile!

Se hace el silencio luego. Con voz entera
que domina de pronto los cuchicheos,
habla un chico, y se porta de tal manera
que arranca interjecciones y palmoteos.

Aprovechando al punto la coyuntura
un roto, conocido por mozo diablo,
con la más insolente desenvoltura
trepa al tablado y grita: —Señores, hablo?

Y como no le bajan, él improvisa
ensartando refranes y dicharachos
que producen sonoros truenos de risa
entre los campesinos y los muchachos.

Mientras se trenza el árbol, parten los hua-
[sos
borneando los rebenques, hacia la fonda.
Allí sí que está bueno! Vengan los vasos
A su salud hermano! Siga la ronda . . .

Allí sí que está bueno! Bajo la carpa
cantan a todo grito versos criollos.
Allí tocan con brío guitarra y arpa
y hay tonadas sabrosas y con cogollos!

La cosa está que se arde! Ponte en la vara,
huasito bien montado! . . . Clava la espuela,
aprieta la rodilla bien firme, y para
todos los empellones, aunque te duela!

Porque la buena moza que está bailando
te dice con los ojos no sé qué cosa.
Ya ves cómo te mira de cuando en cuando
y te ríen sus frescos labios de rosa!

Agiles dedos rascan las cuerdas. Vibra
la música. Las copas chocan. Alguno
turbado por los tragos, desequilibra;
y otro chancea grueso, pero oportuno.

Qué estruendo! Qué alegría! Ni un pensa-
[miento
para las cosas tristes! Penas, afuera!
Y afuera están el polvo, la luz y el viento . . .
¡Afuera está que canta la primavera!

Es un cuadro animado. Todo se agita,
todo se mueve y brilla, mantas y fajas . . .
Ladra un perro a la murga y un chico imita
el tintineo alegre de las rodajas.

Aún en la tarde, se habla, se clamorea:
persiste aún en la tarde la algarabía:
gritos, galopes, risas . . . Sabe la aldea
que hoy se divierte el pueblo porque es su
[día.

Se arrollan a las astas los tricolores . . .
Se va extinguendo el día lánguidamente,
y tiene muchos cientos de espectadores
la augusta apoteosis del Occidente.

¿Qué queda todavía? Sartenes brujas,
carreras de borricos y de ensacados,
pugilatos de quiltros y de granujas,
y otros divertimientos descabellados.

Mañana habrá que irse por las afueras.
Habrá gente a lo largo de los tapiales,
vendrán las topeaduras y las carreras
y en la noche los fuegos artificiales.

El sol, los molinetes, el gran castillo,
el árbol, las soberbias letras de fuego . . .
¿Qué extraño, pues, que el huaso, rudo y
[sencillo
pierda ante tanta pompa todo sosiego?

Y aunque sea lo mismo todos los años,
¿qué extraño, que olvidado de su mañana,
deje un día a la espalda los desengaños
y eche una cana al aire con harta gana?

Porque al que ara la tierra, llueva o no llue-
[va

y es huaso y es chileno, siembre o no siem-
[bre,
no han de faltarle nunca ropita nueva
ni algunos cobrecitos para Septiembre . . .

Toque de Diana. Págs. 362 a 367.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Un día de Septiembre

El señor Presidente, Conde de la Conquista
penetra por la sala, gravemente. Su vista

se va a posar en rostros que le son conoci-
[dos:

Oidores y Títulos del Reino, envejecidos,
que esperan ese día —al que han sido invi-
[tados—
acontecimientos para el país sagrados.

Acompañan al Conde don Gregorio Argo-
[medo
y don Gaspar Marín. Tras un instante
[quedo

el Presidente muestra sus insignias de man-
[do
y dice con voz grave, acaso suspirando:

“Aquí está el bastón. Del mando disponed”.
Bordonea una avispa de luz en la pared.

Y hablándole a Argomedo, su secretario,
[exclama:
“Haced saber al pueblo lo que quiero”.
[Una llama

se adentra por los pechos de todos los pa-
[triotas
y hay como un estruendo augural de alas
[rotas

y en los ojos el llanto avanza como una
[flor
y el día canta afuera como en un surtidor.

Don José Miguel Infante muestra a España
ceñida a Bonaparte, presa de gente extraña
y al Soberano inerme, muerta la autoridad
bajo el embate de aquella tempestad.

Es el momento en que la austral Capitanía
jure obediencia al Rey. Mas Chile amane-
[cía . . .

Después de hablar Infante y renunciar el
[Conde
hay un rumor que crece y la ansiedad res-
[ponde:

“Junta queremos”. Y las voces son oídas.
Los corazones sienten ansias desconocidas

y preside la Junta que se elige, el anciano
don Mateo de Toro y se advierte en su
[mano

la emoción que lo vence y al alzar la cabeza
mira a algún caballero de Santiago o Mon-
[tesa

y entre todas las caras lucen las más ra-
[diosas
y entre ellas la de don Juan Martínez de
[Rozas

que trae desde el sur la voz del pueblo he-
[rido
que busca libertades y ahoga un alarido.

Allí se halla el severo señor de la Carrera
a quien toda la muerte, todo el martirio
[espera.

.....
El Conde y Presidente el Cabildo aban-
[dona
y va con sus amigos a su antigua casona.

Mientras la ciudad se exalta en ese día,
en una celestial campana de alegría.

Ha llegado la Patria, se abren todas las
[puertas;
corre la luz del mundo por las montañas
[y huertas.

Se alborozan la Patria con digna vestidura
con ríos en la tierra que entre abejas mur-
[mura.

Se levantan los héroes indígenas del suelo.
Fresia alza del polvo de ayer su pequeñuelo.

Galvarino sonríe frente a Caupolicán;
Lautaro resucita; lanza humo un volcán

y el Pacífico inmenso las playas atropella
para solemnizar la luz de la epopeya . . .

Rostro de Chile. Págs. 73 a 76.